

Spoliarium (1888), de Joaquín Dicenta: germen literario de su obra posterior

Spoliarium (1888), by Joaquín Dicenta: literary germ of his later work

M.^a Isabel JIMÉNEZ

Authors:

M.^a Isabel Jiménez
Universidad de Málaga
<http://orcid.org/0000-0002-4189-1896>
jimor@uma.es

Date of reception: 19-05-2019
Date of acceptance: 23-09-2019

Citation:

Jiménez, M.^a Isabel, «*Spoliarium* (1888), de Joaquín Dicenta: germen literario de su obra posterior», *Anales de Literatura Española*, n.º 33 (2020), pp. 103-124.
<https://doi.org/10.14198/ALEUA.2020.33.06>

Funding data:

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



Resumen

Este artículo analiza el primer volumen de cuentos y crónicas de Joaquín Dicenta: *Spoliarium. Cuadros sociales* (1888), publicado el mismo año en que inicia su trayectoria teatral. Es un libro completamente olvidado, pero de sumo interés por el fuerte compromiso que muestra con su realidad social y por la época bohemía en que lo redacta. Estudio, entre otros aspectos, su transmisión literaria, el significado del título, la interesante huella autobiográfica, su vinculación con el Naturalismo, los temas y personajes. Lo más importante de todo ello es que, en germen, aparecen en *Spoliarium* muchas características que desarrollará Dicenta en su obra posterior.

Palabras clave: Joaquín Dicenta; *Spoliarium*; cuentos; crónicas sociales; Naturalismo; autobiografía.

Abstract

This article analyses the first volume of tales and chronicles of Joaquín Dicenta: *Spoliarium. Cuadros sociales* (1888), published in the same year that he began his theatrical career. It is a book completely forgotten, but with a great interest because of the strong engagement that shows by its social reality and the bohemian period in which he writes it. I study, among other aspects, his literary transmission, the meaning of the title, the interesting autobiographical imprint, his connection with Naturalism, the themes and characters. The most important thing of all this is that, in germ, many characteristics of his later work appear in *Spoliarium*.

Keywords: Joaquín Dicenta, *Spoliarium*, tales, Naturalism, autobiography.

El presente artículo pretende recuperar del injusto olvido en que se encuentra el primer libro de crónicas y relatos de Joaquín Dicenta: *Spoliarium. Cuadros sociales* (1888). El hecho de haber sido una obra primeriza no justifica la falta de interés de los críticos, que principalmente han fijado su atención en la faceta de dramaturgo del autor aragonés y en la trascendencia de haber sido el fundador del drama social en España. *Spoliarium* es un libro lleno de interés por el compromiso con su realidad social y el momento en que lo concibe y publica su autor, de abierta militancia en la bohemia madrileña. Límites espaciales solo me permiten abordar unos pocos aspectos de esta obra, que sienten las bases de futuras investigaciones.

Hasta 1888, Dicenta había escrito poemas —que luego reuniría en *Del tiempo mozo*— y colaborado en la prensa de la época. Siempre se había afirmado que se estrena en la tribuna periodística en 1884 en *El Edén* (Mas Ferrer, 1978: 176; Mazas García, 1981: 16), pero estudios recientes adelantan la fecha a 1881 (Barreiro & del Moral, 2018: XIV). A ese título siguieron otros muchos, casi todos de corte revolucionario: *La Piqueta*, *El Motín*, *La Avispa*, *El Radical*, *La Opinión*, *El Mundo*, *La Gaceta*, *La Regencia*, *El Resumen*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *El Liberal*... El primer éxito literario del autor tiene lugar el 23 de febrero de 1888 con el estreno de *El suicidio de Werther* en el Teatro de la Princesa. Si aceptamos sus propias palabras, debía tener escrito el drama en torno a 1884, pues «cuatro temporadas anduve, drama en ristre», sin que los empresarios del Teatro Español le prestaran atención. Terminó olvidándose del manuscrito hasta que su madre rogó a Tamayo y Baus que lo leyera, con el consiguiente apoyo del escritor consagrado, posterior representación y triunfo de su primera obra¹.

A los dos meses, aprovechando sin duda el éxito obtenido con el drama, Dicenta publica *Spoliarium. Cuadros sociales* (1888), que debió tener escrita desde el año anterior, pues en el prólogo aparece la fecha de «agosto de 1887». Estas dos obras tan distintas: *El suicidio*, escrita en verso y con ecos neorrománticos; *Spoliarium*, con evidentes influencias naturalistas, aunque no exenta de lirismo, hicieron afirmar a Luis Bonafoux que Dicenta había despertado a la literatura bajo «un doble aspecto de pájaro y fiera. Con arrullos de tórtola y rugidos de león» (Dicenta, 1888: 9). Ambos libros marcarían la senda que

1. Él mismo relata todo el proceso en *Idos y muertos. Páginas autobiográficas*, interesante y emotiva autobiografía publicada en *Los Contemporáneos* el 10 de septiembre de 1909. En 1913 la incluyó su autor en *Novelas* —junto a *El idilio de Pedrin*, *Infanticida* y *Sol de invierno*—. Cito por esta edición (Dicenta, 1913b: 143-150). C.-N. Robin la reprodujo (2005: 41-78) y recientemente J. Barreiro & A. del Moral (2018: 5-50) han editado esta obra junto a *Encarnación*, con un útil estudio introductorio y numerosas notas al pie.

transitaría desde entonces y que harían de Dicenta un autor de difícil clasificación, al combinar rasgos rezagados del Romanticismo con elementos realistas (Phillips, 1999: 136). *Spoliarium* fue concebido como una colección miscelánea, con dibujos de José Cuchy y fotograbados de Francisco Laporta. En lo literario, estaba integrado por un prólogo, a cargo de Luis Bonafoux² —a quien «debo mi presentación oficial en el mundo impreso de las letras» (Dicenta, 1913b: 104)—, y catorce trabajos que podían adscribirse a diferentes géneros narrativos: la crónica periodística, la semblanza literaria, el cuento, el cuadro de costumbres... Sus títulos son: «La primera lección», «Juan José», «Carne de juerga», «El Quijote de mi estante», «Dos naturalezas», «Juanito Fernández», «Encarnación», «Bonafoux. Nota bohemia», «La niña dormida», «Luisa», «El señorito chulo», «La infanticida», «Lo que sobra» y «El tiesto de rosas».

Por las noticias aparecidas en la prensa, esta obra no tuvo una gran repercusión mediática. Una nota de *Madrid Cómico*, publicada el 28 de abril de 1888, apuntaba que *Spoliarium* se había puesto a la venta ese mismo día y puntualizaba que el editor había invitado la víspera a varios periodistas a un almuerzo en el Hotel Inglés, obsequiándoles con el libro en los postres. Esta información también fue recogida por *El Imparcial* al día siguiente. Aparte de estas indicaciones, *La Semana Cómica* de Barcelona —el 4 de mayo— y *La Ilustración Española y Americana* publicaron sendas noticias sobre *Spoliarium*. En esta última revista, el crítico comentaba que el libro era un «animado estudio de costumbres de actualidad, hecho con buena observación y escrito con galanura» (V, 22-VI-1888: 408).

La transmisión textual de esta obra es semejante a otras del momento. Por aquel entonces, muchos autores utilizaban textos ya publicados en la prensa para conformar un nuevo libro, que muchas veces poco tenía de original y que se imprimía con la intención de reunir un material disperso que, de otro modo, se habría perdido entre las páginas efímeras de tanta publicación periódica. Asimismo, textos de obras primerizas servían a estos escritores para completar páginas de futuros volúmenes o los volvían a publicar en revistas y periódicos transcurridos varios años, a veces con títulos diferentes. Sobre *Spoliarium* hay pocas noticias. Mazas García (1981: 18) afirma que sus relatos aparecieron publicados en *El Resumen* —dato que también recogen J. Mas (Dicenta, 1982: 25) y Barreiro (2001: 170)—, aunque ninguno detalla las fechas de esas entregas. De sus catorce trabajos, sabemos que Dicenta publicó «Juan José» en 1885 al menos en dos publicaciones distintas: en *La Piqueta*, aunque se desconoce la fecha exacta (Fuente, 1897: 164), y en *La América*, el 28 de agosto. El cuento

2. Como era habitual entonces, Bonafoux volvió a publicarlo años después (1909: 241-245).

se inspira en un crimen real del que tuvieron conocimiento Dicenta y Ricardo Fuente cuando esperaban el tren en una estación de un pueblo castellano. Habían viajado allí para cumplir una delicada misión que les había encomendado una sociedad secreta de la que formaban parte (Fuente, 1897: 157-163). La semblanza literaria que titula «Bonafoux. (Nota bohemia)» la escribió antes Dicenta, a modo de prólogo, para el libro que en 1887 publicaba su amigo bajo el seudónimo de *Aramis* (1887: XV-XX); y «El señorito chulo» vio la luz en *La Opinión* el 5 de abril de 1887. La prensa del momento recoge información de interés sobre varios textos que Dicenta insertaría posteriormente en *Spoliarium*, lo que confirma que los tenía escritos al menos en 1884, pues los leyó ese año en diferentes veladas del recién inaugurado Madrid-Club³. Concretamente, la noche del 23 de abril, tal y como anuncia *La Discusión* al día siguiente, Dicenta leyó ante una nutrida concurrencia su artículo «El Quijote de mi estante». El acto fue organizado en honor a Cervantes, siendo muy aplaudida su lectura. Una semana después —el 30 de abril de 1884—, el joven escritor leía «El señorito chulo» en la misma institución, en un homenaje a *El Curioso Impertinente* (Mesonero Romanos, 30-IV-1924)⁴.

Esta información tiene que ver con los textos que Dicenta publicó antes de ver la luz *Spoliarium*, pero algunos de los relatos que formaron parte del libro fueron incluidos a posteriori en otros volúmenes misceláneos o en las páginas de los numerosos periódicos donde colaboró, *modus operandi* de tantos escritores del siglo XIX. «Carne de juerga» apareció el 1 de noviembre de 1895 en *El Liberal* y «La primera lección», dos años después en *El País*: el 6 de noviembre de 1897, en la sección «Cuentos del sábado». Reunió, a su vez, ambos relatos en 1896, en *De la batalla* (1925: 211-216 y 231-239), y «Carne de juerga» también lo incluyó, con título cambiado —«Enriqueta»—, en su obra póstuma *Mujeres. (Estudios de mujer)* (1917: 205-213), libro recopilatorio del autor⁵.

3. Presidida por Felipe Ducazcal, fue una asociación ajena a la política y promotora de veladas literarias. Se inauguró el sábado 8 de marzo de 1884 y tuvo su sede en el n.º 11 de la Carrera de San Jerónimo. Aparece una breve nota haciéndose eco de su inauguración en *La Época* el 9 de marzo de dicho año.

4. Un breve anuncio de esta velada apareció en *La Correspondencia de España* el 30 de abril de 1884.

5. J. Mas Ferrer (1978: 28) recuerda una curiosa anécdota de 1894, recogida por Ruiz Contreras (1931: 181): ante la delicada situación por la que atravesaba Dicenta, su amigo le propuso publicarle un libro —«una docena de refritos»— por 50 pesetas, recortándolos —si le autorizaba— de *Tinta negra* y *Spoliarium*. No conocemos que tal proyecto se llevara a cabo del modo indicado, pues *De la batalla*, la siguiente colección de cuentos y crónicas del autor, solo incluyó cuatro textos de los libros mencionados: dos de *Spoliarium* —«Carne de juerga» y «La primera lección»—, y otros dos de *Tinta negra*: «La epopeya de una cingara» y «Una mujer de mundo».

Pero investigar a Dicenta implica entender una nueva vía de transmisión: la reelaboración de sus trabajos a lo largo de su trayectoria, amplificándolos y transformándolos en otros géneros literarios. A juicio de A. W. Phillips, este «sistema de préstamos interiores le permitió ampliar sensiblemente el caudal de páginas publicadas» (1999: 139). La crítica ha apuntado este especial modo de proceder del autor, relacionado, sobre todo, con sus obras de teatro (Morby, 1941; Álvarez Insuela, en Huerta Calvo, 2003). Según este último, este proceso creativo podía ser «signo de la coherencia del mundo ideológico de Dicenta, pero, también, una cierta limitación de las fuentes de inspiración para su teatro» (2003: 2017). Con respecto a *Spoliarium*, se han mencionado los textos de «Juan José» y «Encarnación» como base de nuevas obras del autor (Phillips, 1999: 145; del Arco Bravo, 2013: 322); ampliándose recientemente la lista a «Carne de juerga» y «Luisa» (Barreiro & del Moral, 2018: LI y LIII). Pero a ellos habría que añadir «La infanticida». Estos cinco textos son embrión de obras más extensas del autor, que vieron la luz en las décadas de entresiglos, respetando en mayor o menor medida las versiones originales. «Juan José» es el ejemplo más conocido de todos. Inspiró la versión teatral del drama estrenado en 1895, que tanto éxito le proporcionó; pero debo recordar que en 1892 Dicenta pensaba convertir este relato en novela, tal y como aparece en la contraportada de *Tinta negra*. En manos de otros creadores, «Juan José» pasó por la parodia, la novela, el cine y la ópera (Freire López, en Espín, Vega & Lagos, 2017: 251-262). Los cuatro títulos restantes los reutilizó Dicenta para escribir dos de sus novelas. «La infanticida» dio lugar, empleando la técnica de la *amplificatio*, a una novela homónima que publicó el 11 de julio de 1912 en *El Libro Popular* (Correa Ramón, 2001: 75-76) y, agrupada con otros títulos del autor, en su volumen *Novelas*, de 1913⁶. Amplía considerablemente el relato del que parte, dotando a su protagonista —que ahora se llama Hortensia— del detallado retrato de su familia y amante, los preliminares de la entrega, la relación ilícita, el abandono... La huella del relato de *Spoliarium* aparece especialmente en el último capítulo de la novela, cuando interviene el abogado defensor de la encausada. «Encarnación», «Luisa» y «Carne de juerga» los utilizó en la redacción de varios capítulos de *Encarnación*, novela publicada en 1913, pero que ya anunciaba como obra «en preparación» en las contraportadas de *El suicidio de Werther* y *Spoliarium*. Ello demuestra que desde el inicio de su carrera —1888— Dicenta había pensado en esta forma de gestar su producción literaria, ampliando sus historias, cuentos y crónicas.

6. Este libro se publicó sin fecha; pero, gracias a una reseña en la prensa (*Equis*, VIII-1913: 195), he podido datar esta obra.

Para concluir este apartado de la transmisión textual de *Spoliarium* solo resta indicar que en 1891 Dicenta reeditaría esta obra, no introduciendo cambios con respecto al contenido (Dicenta, 1891). Sospecho que utilizó los ejemplares sobrantes de 1888 para hacer una segunda edición, acuciado por la necesidad. Existen, en mi opinión, numerosos indicios⁷. La diferencia más apreciable entre ambas ediciones radica en la ilustración de la cubierta, aunque las dos se deben a Cuchy. La elegida en 1888 recrea el ambiente de antigüedad evocado desde el título: un arco de piedra con barrotes de hierro —probablemente la entrada a un espoliario en un circo romano— presenta a los pies alguna vasija rota, lo que parece un cadáver y restos de sangre. El título de la obra se muestra en capitales romanas, sobre el arco, y, cubriendo buena parte del dibujo, un cartel clavado donde se detalla el contenido del libro⁸. En 1891, el editor eliminó ese homenaje al mundo clásico, sustituyendo esta ilustración de la cubierta por la del último relato del libro: «El tiesto de rosas», donde se puede ver a una joven de buena posición, sentada y rodeada de flores.

Antes de comenzar el análisis de la obra, me gustaría detenerme en su título, tan relacionado con la antigüedad clásica. El término *spoliarium* —o su adaptación espoliario— no está recogido en el diccionario de la Real Academia, pero las obras especializadas aportan dos definiciones de este vocablo. Por un lado, era la habitación de las termas, baños o piscinas donde los clientes o propietarios se despojaban de sus vestiduras; y por otro: el lugar del circo donde se desnudaba a los gladiadores muertos y se remataba a los heridos para proceder a su posterior incineración. Es a esta segunda acepción a la que alude el título del libro. Este vocablo tan culto evocaba una época pasada que poco tenía en común con las crónicas contemporáneas del libro y que puede considerarse un claro ejemplo de confluencia temática entre la literatura y la pintura. Bonafoux sugiere acertadamente en el prólogo de *Spoliarium* que el cuadro homónimo de Juan Luna y Novicio —expuesto por vez primera en la Nacional de Bellas Artes de 1884 y con el que obtuvo la primera medalla— influyó en Dicenta a la hora de dar título a su libro, señalando que ambas obras compartían idéntico mensaje. Sin duda, la concepción de la antigua Roma que

7. Las dos ediciones presentan idéntico número de páginas y composición tipográfica; los grabados, el tipo de letra y el modo de separar los capítulos son los mismos; tienen idénticas palabras en cursiva, ninguna edición presenta índice en su interior y lo más importante: las dos repiten las escasas erratas que he podido encontrar.

8. La primera edición se encuentra en la Biblioteca Digital Hispánica. La cubierta, no obstante, está algo deslucida. No se aprecian bien ni el nombre del autor ni el título de la obra. Y resulta difícil reconocer con claridad la ilustración de Cuchy. Se conserva otro ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Michigan, pero este carece de cubierta o, si la tiene, no ha sido digitalizada. <https://archive.org/details/spoliariumcuadr00dicegoog/page/n7>

Luna reflejó en el cuadro hubo de hacer reflexionar a Dicenta. A juicio de P. Jardón, el pintor no recuperaba la cara amable de la Antigüedad clásica, sino su faceta más inicua, recreando la crueldad de quienes torturaban a sus semejantes como fuente de placer. El cuadro del filipino, donde se contempla el momento preciso en que son arrastrados los cadáveres de los mirmilones, representa la barbarie, lo horrible de asunto tan elevado, «el rechazo humanitario ante el sufrimiento ajeno», convirtiéndose el lienzo en una protesta contra ese espectáculo de barbarie⁹. Fueron numerosos los artículos que reseñaron este cuadro en la prensa, convertido en una de las sensaciones de la temporada artística (Alba, 26-V-1884; Palacio, 29-V-1884; Paterno, 29-V-1884; Vicenti, 24-5 y 1 y 3-VI-1884; Fernández Flórez, 8-VI-1884; Moya, 26-VI-1884; *Demófilo*, 29-VI-1884; Angelón, 20-X-1884). M. Angelón advertía que el artista había condenado costumbre tan vergonzosa bajo su aspecto más triste, no resaltando la faceta estética de los gladiadores sobre la arena del circo, sino cambiando la perspectiva: «desde el lugar sombrío a donde eran conducidos los cadáveres de los luchadores, para ser despojados de sus armas» (20-X-1884: 342). *Demófilo*, con agudeza, centra su atención en la parte izquierda del lienzo, donde se observa un palco con espectadores que miran hacia el circo y son insensibles a la escena del espoliario, donde aparecen los cadáveres y varias mujeres y ancianos que, en sus gestos, expresan la desolación del sufrimiento. En esta interpretación de *Demófilo* se encuentran interesantes conexiones con el libro de Dicenta. En mi opinión, espoliario es para el autor la propia sociedad que se muestra insensible ante el dolor ajeno. La sociedad contemporánea —concretamente, la burguesía— estaría representada en el cuadro por ese palco que, con tanta indiferencia, dirige su mirada al circo social. Además, igual que en el cuadro, en el libro se aprecia la fuerza bruta, la muerte inevitable, el dolor, el abatimiento y la postración de quienes son víctimas sociales. A este respecto, el prólogo de Bonafoux me parece muy acertado. Imagino que por indicaciones y confidencias del propio Dicenta, el prologuista compara los personajes del libro con las figuras del cuadro, pues, a grandes rasgos, comparten idénticos tonos grises y negruras de fondo. En ambas obras hay «una atmósfera tormentosa y sombría, caldeada por emanaciones de sangre caliente e invadida por el rastrear de sombras de muerte» (10). Bonafoux asevera con gran acierto que «cada uno de los artículos del libro es un gladiador muerto» y aquí creo que radica el sentido de la obra. Un gladiador que luchó en la arena y fue mordido en el corazón por «esa fiera que se llama sociedad», que chorrea sangre y sirve

9. Vid. «Juan Luna y Novicio. (1857-1899)», en la página del *Museo Virtual de Historia de la Masonería*, https://www2.uned.es/dpto-hdi/museovirtualhistoriamasoneria/16Arte_y_masoneria/lunaynovicio.htm

de despojo. Bonafoux compara ese cadáver arrastrado brutalmente por los suelos que centra la atención del cuadro, con «Juan José», «el reo culpable del crimen de haber nacido entre nosotros» (11). El energúmeno que se abre paso como si temiese que le quitasen la presa podría ser el juez de «La infanticida». Las turbas asesinas que aparecen dispuestas a desgarrar entrañas de muertos bien podrían ser «los buenos vecinos del mundo, tan propicios a dar la acera a Juanito Fernández como a sepultar en un pudridero de la calle el alma de Encarnación» (12).

También podría entenderse el vocablo que da título al libro como sinónimo de desecho social, despojo, escoria o desperdicio¹⁰. De hecho, la mayoría de los personajes del libro lo son: Juan José, nacido a raíz de un crimen, criado sin amor, golpeado por la vida, criminal al final de sus días, como cabía esperar; Enriqueta, la mujer de todos, objeto de placer y sensualidad, que muere en la más completa soledad y a la que roban incluso su hermosa cabellera; la muchacha que está a punto de caer en «Dos naturalezas»; Juanito Fernández, un calavera canalla que pervierte a jóvenes inocentes, es un despojo amoral, un detritus peor que Luisa, una de sus muchas víctimas; Encarnación es un despojo social: prostituta de un burdel, pero aún peor lo son el mozalbete y la madama que la pervierten; también lo es Paca, esa madre por error, de la todavía inocente Rosa, que está preparando a su hija para que se acueste virgen y se despierte prostituta; Pepito, el señorito chulo, es un ser adulterado e inútil, un auténtico parásito; Pablo, el protagonista de «Lo que sobra», es indigno por su falta de autenticidad... así hasta completar el conjunto de *Spoliarium*.

Jaime Mas advirtió dos fases en los relatos de Dicenta: «una de origen romántico y otra realista con tendencia al naturalismo» (1978: 219). A esta última, corresponde la mayor parte de los artículos del libro, que presentan, con pesimismo, temas de candente actualidad, abordados desde una postura crítica y reformista, reivindicando al débil y protestando moralmente contra la sociedad de la Restauración. Dicenta comienza su carrera literaria en la década de los ochenta, cuando triunfa el Naturalismo y la juventud bohemia, rebelde e iconoclasta embiste contra la sociedad y utiliza la literatura como arma (Zavala, 2008: XVIII). Joven y combativo, escribe sus primeros relatos y crónicas influido por este ambiente. El Naturalismo de *Spoliarium* nunca ha sido mencionado por la crítica y merece una investigación aparte y profunda. Los conceptos más destacados que aparecen son la crítica social y el determinismo medioambiental y hereditario; pero también cabe resaltarse el fatalismo,

10. Con el transcurrir de los años, Pío Baroja emplearía el vocablo *spoliarium* con similar acepción en tres ocasiones diferentes en *El árbol de la ciencia* (1911). García Gallarín (1998: 75) lo recoge dentro de los latinismos barojianos.

el léxico científico de los narradores; la oposición entre la naturaleza y la gran ciudad¹¹; su concepción materialista de la vida; el feísmo de los bajos fondos: delincuentes, proxenetas, prostitutas..., tipología esta última que se relaciona directamente con el erotismo más enfermizo, mecánico y físico.

El determinismo social y el genético son los grandes pilares sobre los que se sustenta el Naturalismo y un rasgo presente, especialmente, en «Juan José», «Encarnación» y «La niña dormida». En los dos primeros relatos, el autor ahonda en la familia y el entorno para justificar que ambos personajes —mezquinas existencias en un medio hostil— hayan llegado al crimen y a lo más bajo y abyecto de la sociedad. Con sus antecedentes genéticos y medioambientales interviene el destino, «ese gran constructor que tiene por auxiliar a la sociedad perfeccionada»: aparece Rosa en la vida de Juan José y un mozalbete vicioso en la de Encarnación, que precipitarán a ambos en el abismo: «seres nacidos en la infamia, en la infamia se educan, de la infamia se alimentan y por la infamia existen» (191). Por ello, el narrador afirma que Juan José es «efecto sublime de una causa miserable», el acto mecánico y físico entre su madre y un hombre que se alejó del burdel en cuanto satisfizo un capricho de su organismo. También advierte de la negativa herencia genética de Rosa en «La niña dormida», pues «la sangre podrida» que corre por sus venas solo podrá abocarla a una existencia sin futuro, repitiendo los pasos de su madre. «Juan José» es la historia detallada de un niño abandonado, falto de moral e instrucción, sin cariño, explotado, visto con indiferencia por la sociedad entera; un niño maleado y corrompido en la cárcel. Similares rasgos los de «Encarnación», atrapada en un hogar miserable, con unos padres perniciosos, tratada como un mueble, golpeada como una bestia, siempre llorando. Sin guía ni castigo en sus padres, destruida por un mozalbete vicioso a los 15 años.

En estos relatos aparece una concepción materialista de la existencia, que conlleva la ausencia de todo sentimiento. El eros, por tanto, queda reducido a mero sexo, a una necesidad fisiológica, por eso Juan José es procreado sin

11. Esto se aprecia especialmente en «Lo que sobra», donde el autor contrapone ambos escenarios: el campo concebido como algo positivo, luminoso, pleno de grandeza, luz y armonía, que dignifica el alma y fortalece la voluntad; mientras que en Madrid se respira una atmósfera densa e impura, de cielo oscurecido por el vaho de cien industrias y quinientas mil respiraciones, donde se agitan las pasiones, la codicia, los sueños, las amarguras. En «Dos naturalezas», de forma más sucinta, apunta que Madrid está repleta de vida, «pero de vida enferma, así en lo moral como en lo físico, vida que tiene más fiebre que energía, y más desaliento que reposo» (63). En «Encarnación», se confirma su visión negativa de la capital. Denuncia que en ella haya «centros de cultura e instrucción», con hermosas ideas de libertad y progreso, a la vez que prostíbulos, donde se trafica con la juventud ante los ojos de todos, «sin que la moral pública se dé por ofendida» (92).

amor: «Así como el choque de dos electricidades contrarias produce el rayo, la aproximación de un sexo a otro le produjo a él» (25) o el día de todos los santos en que el autor recuerda a Enriqueta en una despedida ausente de sentimentalismo, es un día destinado «por el mundo a la materia en descomposición» (43). En «Carne de juerga» se observa este procedimiento, la protagonista aparece retratada con distanciamiento, de forma aséptica, sin sentimientos. Las descripciones del narrador cosifican a Enriqueta, presentada como una estatua, un organismo espiritual rudimentario, organizada solo para responder al deseo masculino. Es mostrada como una máquina de placer, un sexo, un estimulante, un ejemplar digno de estudio. Al ser reducida a materia y cuerpo, no tiene componente espiritual ni rasgos morales: solo belleza. En parte, porque nunca se ocupó nadie de pedirle sentimientos. Los hombres que se le acercaban solo cogían de ella lo que momentáneamente necesitaban. Cuando se marchita, es abandonada por todos; cuando muere, nadie la recuerda. La cosificación a la que reduce Dicenta a su protagonista es consecuencia directa del materialismo social, que no ve en las prostitutas a personas, sino objetos con fecha de caducidad, de las que aprovechan todo, hasta su cabellera. De hecho, para resumir la historia de su declive, acude a un símil con ecos de botánica donde se compara a Enriqueta con un árbol que da espléndido fruto y a sus clientes con un voraz enjambre de pájaros que terminan secando su tronco, marchitándolo y destrozándolo, inútil para satisfacer ningún apetito.

El fatalismo lo desarrolla Dicenta en el relato que abre el volumen: «La primera lección». El lugar preeminente de este texto le sirve para aclarar su filosofía vital. El protagonista del relato es un joven idealista que busca la mejora social, el bien común, que cree que, con esfuerzo, podrá restablecer las ideas de bien, virtud, amor y justicia. Su interlocutor, hombre más experimentado, le da la primera lección de su vida, después de una larga intervención marcada por el idealismo. En una tela de araña, una mosca se debatía entre la vida y la muerte, representando esta acción una alegoría de la dura lucha por la vida. El primer instinto del protagonista es salvarla para que recupere su libertad, es decir: ayuda al débil; pero su compañero justifica su muerte, consecuencia de su irreflexión: «Esta es la ley. Cúmplela, déjala cumplir. Ya llegará un día en que sus mallas te sujeten como esas mallas sujetaban al insecto que pretendiese salvar, y caerás, como él, sin que nadie pueda torcer las inflexibles determinaciones de tu destino» (23).

La crítica social es una característica común a los textos de *Spoliarium*. Son numerosas las ideas expuestas por el autor, pero todas convergen en la denuncia a la sociedad por falta de caridad e impasividad ante el crimen, por la explotación de los más débiles, por el castigo implacable hacia el pecador

antes que la búsqueda de su regeneración, por su hipocresía... Los asuntos donde Dicenta refleja esta voluntad crítica son, en primer lugar, la prostitución; pero también la murmuración y la doble moral, la relación del artista con la sociedad, la pérdida de ideales para triunfar, el abandono de la infancia, las cárceles... La prostitución formaría parte de lo que en 1898 Dicenta calificaría, en un artículo homónimo, de «cuestión social», equiparando el burdel a la problemática de la mina, el campo o la fábrica (1898: 191-200). La prostitución era un tema en boga entonces en la literatura naturalista. El autor sigue la moda literaria de tantos escritores que abordan esta lacra y la presentan bajo una mirada crítica. Eligen como protagonistas a ramerías de baja extracción social o a mujeres acomodadas que llevan una vida disoluta encubierta. El caso más conocido entonces es el de López Bago, quien entre 1884 y 1886 publica su polémica tetralogía sobre la prostitución, pero no sería el único novelista en abordar esta problemática. Ortega Munilla, Galdós, Sawa, Sánchez Seña, Rodríguez Solís, Cherner, Palacio Valdés, Picón... serían algunos de los escritores que, en la década de los 80, escribieron novelas lupanarias¹². Dicenta, un joven escritor que solo había estrenado un drama y colaborado en la prensa, reúne en 1888 una serie de textos de tema tan escabroso y actual, pero no los moldea en una novela. Quizá el desconocimiento de la técnica narrativa o su inexperiencia le llevaran a abordarlo desde la brevedad y cercanía de la crónica periodística y el relato de elevado contenido social.

Este tema aparece, de soslayo, en «Juan José» —la madre del protagonista era meretriz y, de hecho, este nació en el burdel donde ella trabajaba— y de manera frontal en «Dos naturalezas», «Carne de juerga», «Encarnación», «La niña dormida», «Luisa» y «Juanito Fernández». Dicenta busca que la sociedad tome conciencia de un problema de calado y, para ello, aborda el tema desde una perspectiva poliédrica, mostrando las numerosas facetas de un oficio tan productivo para el verdugo como humillante para la víctima. Estos relatos son un dedo acusador que levanta el joven autor contra la sociedad. En todos ellos critica en primer lugar la hipocresía social, que tolera y fomenta la prostitución mientras castiga y estigmatiza a la prostituta, generalmente joven y a la que ha ayudado a prostituir —como se ve en «Encarnación»—. Por eso, cuando escribe «Dos naturalezas», Dicenta quiere influir en sus lectores, aportando su granito de arena. El narrador de esta crónica rechaza a la joven que se le insinúa en un apartado paraje natural, porque no quiere ser cómplice de su caída, aunque sabe que es inminente y nadie ni nada podrá evitarla. La muchacha

12. Pura Fernández hace un interesante recorrido por alguna de estas novelas (2005: 10-13 y 62-79). Vid. también para el tratamiento literario del tema: Guereña (2003) y Reeves (en Valdivieso, 2006).

del relato es pobre, viste andrajos, se sabe hermosa y, como quiere huir de ese ambiente, busca, a través del sexo, la ocasión que cree le hará mejorar de vida. Una vez prostituta ya no habrá marcha atrás. Plantea una posible solución a problema tan delicado si la sociedad en su conjunto y cada individuo en particular dejara de fomentar vicio tan humillante, al menos en fase de iniciación.

Dicenta aborda también el aspecto de los proxenetas de las clases media y alta que pervertían a las jóvenes a las que luego abandonaban. A ello dedica «Juanito Fernández», relato donde cuenta con cierto detalle la caída de muchachas decentes y trabajadoras tras ser asediadas y engañadas por señoritos sin escrúpulos que las engatusaban con falsas promesas para luego abandonarlas. Al verse solas, sin honra ni amparo, caían fácilmente en el lupanar. Aquí, el protagonista —burgués por más señas— es consciente de su modo de proceder y no le duelen prendas en conseguir el momentáneo goce, aunque conlleve la caída en la prostitución de una inocente de la que muy pronto se cansará.

Spoliarium detalla en «Encarnación» el procedimiento que algunos hombres empleaban, ayudados por las madamas, para convertir a sus ingenuas amantes en ramerías que ingresaban en un prostíbulo del que jamás saldrían. Refleja lo fácil que era caer en ese mundo y lo difícil que resultaba salir: en «Carne de juerga», Enriqueta ha dedicado toda su vida a la mancebía, sin posibilidades de mejora. Cuando una mujer entraba en ese ambiente, moría en él y la degeneración de esa vida la conducía al final de sus días al fango de donde salió. Nos cuenta cómo las madres iniciaban a sus propias hijas en el oficio más viejo del mundo: «La niña dormida». El título del relato alude a Rosa, niña de catorce años que acompaña todas las noches a su madre al café, escenario donde esta vende su cuerpo —«no sabía ser otra cosa que la hembra de todos» (106)— y donde quiere iniciar a Rosa en la deshonor. No cabe mayor bajeza que una madre sea la pervertidora de su hija; pero lo verdaderamente alarmante es la indiferencia de la sociedad en general y de la justicia en particular, que toleran el crimen. Este puede considerarse uno de los primeros textos donde Dicenta relaciona este tema con la defensa de la infancia. Escribió muchos cuentos y artículos con niños como protagonistas, pero este relato presenta con total claridad «la explotación que sufren los hijos por los vicios de los padres» (Robin, 2005: 348).

«Luisa» rompe la tónica general del libro con respecto a este tema. En primer lugar, porque, hasta el momento, las prostitutas de sus textos han pertenecido a las clases más desfavorecidas y Luisa es una cortesana elegante, bella, aceptada socialmente, reputada, sin desgaste. En segundo lugar, Dicenta se distancia de sus otros relatos al no enfocar este tema como una lacra que debe erradicarse, sino desde un punto de vista sentimental. El narrador y

protagonista de la historia era un mozalbeta inexperto cuando conoció a Luisa, «un chiquillo soñador, un alma que romper» (121), que no reconoce su oficio. Es su primer amor y será su primer gran desengaño, pues respeta a su amada como si fuera una virgen, cuando resulta ser una meretriz encubierta¹³. «Luisa» es la versión temprana de una anécdota autobiográfica que adaptó años después en *Idos y muertos* y en *Encarnación*. La Luisa de *Spoliarium* es esa mujer sin nombre que «literateaba» en la autobiografía y a la que empezó a imitar: «A una mujer debo la orientación que me llevó por los caminos literarios» (Dicenta, 1913b: 98). Las tres versiones —cuento, biografía y novela— coinciden en lo esencial, pero muestran algunas diferencias. *Spoliarium* detalla el proceso de la desilusión, la pérdida de sus ideas románticas e ilusiones, pues lo redacta en fecha más cercana al desengaño sufrido. La prosopografía de Luisa es más extensa que en *Idos y muertos*, donde esta mujer no tiene nombre y solo alude en su retrato al cabello, el color de los ojos y la palidez. El distanciamiento temporal le permite usar en su autobiografía de la ironía. En *Encarnación* este personaje se llama Isabel Aldamaro y, como rasgo propio del género novelesco, desarrollará bastante los pormenores. Si hacemos caso a sus palabras, el fuerte desengaño sufrido por esta mujer mató su candidez y le condujo a la bohemia, entregándose desde entonces «al trato de hembras fáciles». Al conocerlas, aprendió a estimarlas y aprendió cómo vivían: «No me acercaba entonces al hampa social en clase de observador y de filósofo. Me acercaba por simpatías hacia aquel vivir a lo pícaro» (Dicenta, 1913b: 124-125).

Aparte de la prostitución, Dicenta aborda en *Spoliarium* otros temas que comparten similar denuncia de la sociedad hipócrita e intolerante. Aparecen en «El señorito chulo», «Lo que sobra», «La infanticida» y «El tiesto de rosas». «El señorito chulo» es un homenaje a Mesonero Romanos y al género que le hizo célebre. En su recuerdo, escribe un cuadro de costumbres en forma epistolar. El matiz humorístico del texto busca la sonrisa, pero no olvida la crítica. Ahora la dirige el autor contra esa juventud inútil, desvirtuada y camorrista, que, pese a su instrucción, se divierte en juergas flamencas y se enamora de gitanas de tronío. Es un tipo en decadencia, censurable por su estupidez, grosería y falta de utilidad social. Su desagrado se hace notorio al definirlo con una

13. El primer desengaño en la vida de un joven inexperto e ingenuo, que se enamora de una mujer más mundana que él, fue narrado en otros relatos del autor. Mencionaré dos textos de *Tinta negra*: «La nieve» y «Una mujer de mundo» (1892: 127-134 y 221-231). En ambos casos, la relación se interrumpe porque ellas —mujeres casadas— no piensan sacrificar su excelente posición social y su honorabilidad por un amor pasajero. Para la protagonista de «Una mujer de mundo», Enrique solo es un capricho, una ocasión más de entrar en contacto con la juventud para vampirizarla.

animalización: «este pulpo de la penúltima década del siglo XIX, que apoyando su cuerpo en la cultura, se aferra con sus estúpidos tentáculos a los veladores de las tabernas y a los lechos de las mancebías» (134).

«Lo que sobra» trata de la pérdida de la dignidad, convertida en moneda de cambio para triunfar en una sociedad corrupta y mercantilista. A través del protagonista masculino —Pablo— radiografía el proceso de envilecimiento moral por el que atraviesa un individuo idealista hasta alcanzar el éxito social, renunciando a los principios arraigados en su mocedad. El protagonista se ha criado en el campo y llega a Madrid. Lentamente cae en la miseria y sus sueños le abandonan. La crítica aparece sustentada por un tercer personaje, de conciencia flexible, que la sociedad ha transformado en individuo «práctico». Él da al protagonista la fórmula que cambiará su vida: poner sus excepcionales condiciones y su inteligencia al servicio del mejor postor, utilizándolas para medrar a toda costa, y no para atacar al poderoso ni alcanzar utopías lejanas y colectivas. Tras una inicial resistencia, acepta el consejo. Transcurridos cinco años, Pablo ya no es joven, franco y honrado, «sino un hombre pálido, envejecido, de gesto burlón y mirada astuta» (159). Ha nacido un hombre nuevo: tiene reputación, caudal, crédito, es respetado...; para ello solo ha necesitado perder la vergüenza. Pablo puede relacionarse con un personaje de «La primera lección»: el interlocutor del protagonista, individuo sin nombre, experimentado, triunfador, que, sin embargo, parece un vencido. Estas son sus palabras, que definirían perfectamente la situación de Pablo: «Cuando el vencedor consigue el triunfo a costa [...] de entusiasmos que se aniquilan y sucumben, el triunfo se convierte en derrota» (16). De «Lo que sobra» se desprende que la renuncia a los ideales para buscar una vida cómoda y exitosa es un delito comparable a los otros que Dicenta recoge en *Spoliarium*. Crimen del que también hace responsable a la sociedad, pues rechaza abiertamente a aquellos que, llenos de ideales, persiguen la corrupción y buscan la mejora social, atacando sus cimientos más sagrados¹⁴.

«La infanticida», donde el colmo de lo desagradable se logra en sus descripciones de corte naturalista (Phillips, 1999: 145), es la crónica periodística de un juicio. Es un alegato contra el concepto que la sociedad ha forjado sobre

14. Este tema apareció en otros relatos de Dicenta, publicados en *Tinta negra* (1892: 149-155 y 179-184): «Un chico listo» y «Novela corta. I. Quiero ser diputado». En el primero, se produce idéntica metamorfosis, pero a diferencia de Pablo, el protagonista de *Tinta negra* no tiene méritos. En «Quiero ser diputado», Dicenta presenta a un joven de talento que pretende dedicarse a la política y desoye los consejos que le da su interlocutor —matrimonio de conveniencia y fidelidad a ideas ajenas—, porque es un hombre de vergüenza, diferente a Pablo de «Lo que sobra».

el honor femenino, mucho más rígido que el de los varones. Indirectamente, también es una defensa del amor, alejado de las convenciones matrimoniales, tema que años después desarrollará Dicenta en varias piezas de teatro. En este artículo se produce el castigo de una infanticida, pero el autor aprovecha la ocasión para enjuiciar a la sociedad, a la que considera parcialmente culpable del crimen. Defiende a la mujer que se rinde por amor y considera la organización social «raqútica, antinómica, defectuosa, llena de contradicciones y anacronismos» (146). Juzga el matrimonio algo artificial, un «accidente social», una institución fundada por los hombres. No comprende que la sociedad castigue y ultraje a la mujer que se rinde por amor, «como si el amor no fuese un afecto puesto por encima de todas, absolutamente de todas las leyes sociales» (148). Pide comprensión y amparo con la mujer caída y sugiere que se modifiquen sus leyes «por impotentes y defectuosas».

Para finalizar el análisis de los temas de *Spoliarium*, habría que comentar su último relato: «El tiesto de rosas». Presenta ecos neorrománticos que le confieren un cariz idealista y, aunque escape a la tendencia naturalista del libro, alberga una pequeña crítica a su sociedad. Lo ubicó su autor al final del libro para difuminar, sin duda, esa amarga impresión de los relatos precedentes. Bonafoux dijo que destacaba luminoso como «una mancha de suavísimos contornos» entre «tanta figura de fiero continente» (Dicenta, 1888: 12). Vuelve a denunciar a la sociedad, pues junto al calavera y bohemio que deviene en suicida, presenta al individuo que disfruta acabando con las reputaciones ajenas. Vemos aquí la murmuración y la calumnia como elementos «constitutivos de la sociedad burguesa» (Mainer, 1978: 39). La crítica procede de la imposibilidad de rehabilitación del bohemio y el calavera, a quien la sociedad rechaza y castiga de forma implacable por su pasado, sin ofrecerle una segunda oportunidad. El suicidio —que sería tema recurrente en la obra del autor: *El suicidio de Werther*, *Sobrevivirse*, *Garcés de Marsilla*, «Historia vulgar», «La dimisión»...— proviene del desengaño amoroso que recibe Carlos, promovido por la maldad innata en la sociedad, por su imposible adaptación social. «El tiesto de rosas» y «Lo que sobra» proponen, indirectamente, el tema de la condición del escritor —del artista en general— y su relación con la sociedad. Dicenta plantea en «El tiesto de rosas» la incomprensión y la crueldad social para con el bohemio y en «Lo que sobra», el alto precio que la sociedad impone al individuo para triunfar en ella.

Hay dos textos de *Spoliarium*: «Bonafoux. (Nota bohemia)» y «El Quijote de mi estante», que no presentan un enfoque crítico. Se diferencian del conjunto por reflexionar sobre obras y escritores. «El Quijote de mi estante» es un homenaje a Cervantes. Manifiesta en él su admiración y respeto y compara

al escritor alcalaíno con un gladiador sublime, «que rueda maltrecho por la arena ensangrentada del circo social» (54). En este artículo reflexiona sobre la figura de don Quijote, símbolo del hombre idealista que busca en un mundo materialista y práctico la realización de sus ensoñaciones. «Bonafoux. (Nota bohemia)», de clara factura desenfadada, está ubicado justo en la mediación del libro, para compensar el pesimismo de los artículos precedentes y que el lector pueda esbozar una sonrisa. Antes de aparecer en *Spoliarium*, fue el prólogo de *Literatura de Bonafoux* (1887). Su amigo francés no parece que quedara muy satisfecho con este texto, pues en el prólogo que escribe para *Spoliarium* confiesa no deberle nada a Dicenta, ni siquiera la «Nota bohemia». Es notorio que este no analiza en su semblanza la obra de Bonafoux, sino su personalidad en clave de humor, centrándose en anécdotas, aficiones y rasgos de carácter. Bonafoux lamentará que su «Nota bohemia» no ha servido para darle bombo, pues «decir que no soy un bandido y en no decir que no lo soy está la tesis del artículo» (9). Tras esta sutil queja, se aquilatan aún más las palabras de su prólogo para *Spoliarium*, tarea que Bonafoux sí tomó en serio, analizando la esencia del libro: una interesante mezcla de grandes negruras y mucha poesía.

Una característica común a los relatos de *Spoliarium* es su reducido número de personajes, que no suelen expresarse de forma directa a través del diálogo. Sus vidas, acciones, ideas y pensamientos los conocemos por el relato indirecto y selectivo de los narradores, que intervienen activamente. Consecuencia de esta dependencia del personaje con respecto del narrador es la escasez de diálogos, siendo inexistentes incluso en algunos textos —«Encarnación» y «Carne de juerga»—. Otro rasgo peculiar es la falta de caracterización onomástica de muchos personajes, como los de «La primera lección» y «Dos naturalezas». La casuística a este respecto suele variar: tienen nombre cuando dan título al relato —«Juan José», «Encarnación», «Luisa», «Juanito Fernández»—, aunque hay cuentos donde un personaje sí lo tiene y otros no: «Lo que sobra», «El tiesto de rosas», «La infanticida» o «Carne de juerga» son algunos ejemplos. P. Bellido (1993: 166) afirma que la despreocupación de los autores por la caracterización de los personajes, no interesándole ni siquiera sus nombres, aparece en aquellos cuentos cuyo objeto central es el mensaje y la moraleja. El libro de Dicenta es un ejemplo perfecto de ello, pues el autor no busca crear caracteres profundos, sino reivindicar a los desfavorecidos.

Al ser un libro de numerosos rasgos naturalistas, el escritor elige muchos personajes de las clases desfavorecidas y, sobre todo, a mujeres y niñas, prestando especial atención a las prostitutas. Este es uno de los modelos que más interés despierta en Dicenta a la hora de escribir *Spoliarium* y donde mejor se aprecia su concepción naturalista del ser humano al presentar a personajes

indecisos, donde no interviene la voluntad de elección. Sus prostitutas no son libres, son sumisas, están atrapadas en las redes de sus circunstancias, sin capacidad para reaccionar, como claramente vemos en Encarnación, cuando se adentra en el mundo de la prostitución sin protestar. El retrato que presenta en casi todos estos textos es el de una mujer joven, ingenua y crédula, que se entrega por primera vez a un hombre por amor, creyendo sus falsas promesas. Tras su abandono (en ocasiones, embarazada o con hijos de esa unión), se ve abocada a la única salida que le ofrece la sociedad. Normalmente estas jóvenes son hermosas, carecen de instrucción, viven en un medio familiar adverso y no tienen oficio ni oportunidades. A juicio de J. R. Trujillo, fue una de las imágenes reiterativas de sus escritos (2015: 129), apareciendo este personaje en otros muchos relatos del autor: «Conjunciones», «Nochebuena», «La flor del pantano», «Historia vulgar», «La muerte y su hija», «El crimen de ayer»... Dicenta emplea frecuentes eufemismos para caracterizarlas y referirse a su infamante oficio, así restituye su dignidad y potencia la ironía y la crítica. El tratamiento de la prostituta de baja extracción social es en todo momento respetuoso y de conmiseración, desapareciendo ese enfoque misógino del que habla C.-N. Robin (2005: 268-269), que sí se aprecia en otros personajes femeninos. Con los eufemismos y circunloquios evita abordar de manera directa y abierta una dura realidad, tabú para la sociedad. En estos relatos no aparecen escenas explícitas de sexo, adaptándose Dicenta a la mentalidad de la época. Evita, incluso, llamar al oficio y a sus víctimas por su nombre, de tal modo que las prostitutas son «desventuradas vendedoras de liviandades», «máquinas humanas», «esclavas de la miseria» o «fragmentos haraposos»; los prostíbulos son «bazares de carne blanca» o establecimientos donde «se expende el ajeno de la sensualidad»; las madamas son astutas acaparadoras de placeres y el negocio de la prostitución: «la cesión paulatina de su cubierta orgánica» o la búsqueda de «un interés nuevo a su hermoso y repugnante capital». El propio Dicenta confesó que «inclinaciones invencibles llevaban mi trato más hacia la gente del pueblo, que hacia los burgueses y aristócratas» (1913b: 123), por eso en *Spoliarium* aparecen menos personajes de la clase media y, cuando los retrata, son hipócritas, degenerados, abyectos moralmente, groseros e inútiles. Prototipos serán Juanito Fernández, Pepito —el «señorito chulo»—, Luisa y el retrato de una perfecta familia burguesa, compuesta por una hija tonta, aunque muy linda; un padre severo, «incapaz de tolerar faltas a sus inferiores», que ha escrito hasta un tratado de moral; y una madre devota de todos los santos, asidua al confesionario y cofrade de todas las cofradías. A ninguno le importa emparentar, a través de un matrimonio de conveniencia, con Juanito

Fernández, un pervertidor de mujeres que, además, posee un buen número de vicios: a él todo se le perdona por ser varón... y de buena posición.

Dentro de las criaturas literarias del libro, merecen especial mención algunos de sus narradores, concretamente aquellos que también son personajes de sus historias, implicándose en la diégesis y poniéndose en todo momento del lado de las víctimas. Normalmente, cuentan historias personales —fingidas o de base autobiográfica—, que han observado o protagonizado en el pasado, lo que les otorga credibilidad a la vez que aporta verosimilitud al relato. En estos relatos debe distinguirse entre el narrador —situado en el presente— y el personaje en el que se desdobra, cuya vida discurre en el pasado. Las reflexiones e intervenciones autoriales más interesantes se producen en el presente del narrador. Entre los narradores protagonistas hay que mencionar los de «La primera lección», «Dos naturalezas» y «Luisa», caracterizados por la subjetividad y las emociones. El primero retrocede cinco años en el tiempo para relatar la anécdota del texto que tanto marcó su vida y el último recupera un recuerdo doloroso del pasado, recién llegado a Madrid. Entre los narradores que han sido testigos o confidentes de los hechos relatados, transcurridos en un pasado más o menos lejano, destacan «Juanito Fernández», «Lo que sobra» y «El señorito chulo». Los textos restantes: «Juan José», «Encarnación», «Carne de juerga», «La infanticida», «La niña dormida» y «El tiesto de rosas», están escritos con un enfoque externo, oscilando los narradores entre el omnisciente, el observador deficiente y el cronista. Todos los narradores de *Spoliarium*, sin importar el grado de conocimiento de la historia ni el punto de vista que adoptan para contarla, realizan frecuentes digresiones. Por lo general, estas se encuentran al final del relato y reflejan las ideas progresistas del autor. En estos excursos, los narradores disculpan a las víctimas —ya sean rameras, bohemios u homicidas— y dirigen la crítica hacia la sociedad hipócrita, amoral e insensible que castiga con dureza al débil y contempla con excesiva pasividad todo lo que le perjudica o no le interesa. Suelen apostrofar al lector, rogándole algo o reclamando su atención; o al propio personaje, aconsejándole en su futuro modo de proceder. Como apuntó Á. Ezama, las digresiones se conciben como intromisiones autoriales, que evidencian «la escasa independencia del narrador, sujeto por entero a la tutela de su creador» (1992: 195). Tampoco estas criaturas tienen nombre, salvo la excepción de «El señorito chulo», relato que, al ser concebido como una epístola, concluye con la firma del narrador, que es la misma del autor real.

Otro rasgo interesante que se aprecia en los personajes de *Spoliarium* es la abundancia de experiencias autobiográficas que los han inspirado, que, con respecto a sus novelas y piezas de teatro, ya apuntaron los críticos (Mainer, 1972;

Mas Ferrer, 1978; Mazas García, 1981; Robin, 2005; del Arco Bravo, 2013; Barreiro & del Moral, 2018). Este aspecto merece un estudio comparativo más detenido, pero me gustaría apuntar la base real de las protagonistas de «Luisa», «Encarnación» y «Carne de juerga», pues aparecen relatadas sus historias en *Idos y muertos* (1913b: 98-100 y 126-131) y en la novela autobiográfica *Encarnación* (1913a: 19-25, 120-127 y 201-205). Estas mujeres existieron en su biografía amorosa e influyeron decisivamente en él, tal y como se aprecia en la recurrencia de sus historias, aunque Dicenta cambie e invente datos. Al mismo tiempo, el autor real parece estar presente en muchos de los textos del libro gracias a la figura de los narradores —que reproducen sus ideas personales— y a algunos protagonistas, pues elige rasgos de su vida y personalidad para configurar sus retratos literarios. Se aprecia especialmente en los protagonistas de «La primera lección» y «Lo que sobra»: jóvenes inexpertos, románticos, idealistas, de principios muy arraigados, que se trasladan a vivir a Madrid para luchar contra la injusticia, perseguir al poderoso y consolar al débil. En ellos reconocemos las ideas de solidaridad, búsqueda de felicidad individual, rebeldía y deseos de libertad del autor cuando llegó a la capital a principios de los 80. Hay varios protagonistas —los de «Lo que sobra», «El tiesto de rosas» y «Luisa»— que son escritores, poetas, periodistas, como lo era entonces Dicenta. El de «El tiesto de rosas» —Carlos— encarna, además, el tipo del bohemio, siendo las primeras páginas del relato una declaración de intenciones de esa azarosa vida, que fue también la de Dicenta y la de su amigo Luis Bonafoux, a quien dedica el cuento. Carlos puede considerarse *alter ego* del autor, pues el narrador lo retrata con rasgos similares a los que Dicenta plasmó en su autobiografía o confesó en sus posteriores entrevistas (*El Caballero Audaz*, 4-IV-1914: 25): su relación con los hombres francos en sus vicios, siempre de escándalo en escándalo, entregado al vino y a las mujeres que no podían romperle el corazón. Y, pese a su reputación, siempre contaba con el perdón de su madre. Todos los personajes de *Spoliarium* son urbanos y muchos de ellos un claro reflejo de las amistades que Dicenta frecuentaba. Por un lado, jóvenes literatos y bohemios, como sus compañeros de profesión; y por otro, los numerosos representantes del pueblo, de los barrios bajos, que conocía en los bailes populares donde asistía: modistillas, prostitutas, cigarrerías, gitanas, hampones.... En la vida real, se acercó a estos individuos y, en su literatura, reclamó justicia para ellos: «palpando a las víctimas es más grande la compasión hacia ellas y más grande también el odio hacia los verdugos», confesaba en *Idos y muertos* (1913b: 124).

Spoliarium es el primer libro en prosa publicado por Joaquín Dicenta, justo el año en que inicia su trayectoria teatral. Considero de justicia su recuperación,

cuando ha transcurrido más de un siglo de la muerte de su autor. Sus textos tienen una vinculación con el Naturalismo que nunca ha sido mencionada y presentan ya una interesante huella autobiográfica, al igual que la mostrarían años después *Encarnación*, *Luciano* o *Amor de artistas*, por citar solo algunos títulos. Además, este libro puede considerarse el primer ejemplo en su larga trayectoria literaria de la peculiar forma de trabajar que tenía el autor, habituado a convertir un artículo o un cuento en una novela o una pieza de teatro. Pero lo más importante es que en *Spoliarium* aparecen, en germen, muchas de las preocupaciones, temas, personajes y características que recorrerían su obra posterior.

Bibliografía citada

- ALBA, E. de, «Pintores y pinturas», *El Liberal*, 26-V-1884, p. 2.
- ÁLVAREZ INSUELA, Antonio: «Galdós y el teatro social», en Javier Huerta Calvo (dir.) *Historia del teatro español. II, Del siglo XVIII a la época actual*, Madrid, Gredos, 2003, II, pp. 2001-2030.
- ANGELÓN, Manuel, «El Spoliarium, por D. Juan Luna, primer premio de la última exposición madrileña», *Ilustración Artística*, 20-X-1884, pp. 339 y 342-343.
- ARCO BRAVO, Miguel Ángel del, *Periodismo y bohemia (en Madrid alrededor de 1900). Los bohemios en la prensa del Madrid absurdo, brillante y hambriento de fin de siglo*. Tesis Doctoral. Getafe, 2013.
- Aramis (seud. de Luis Bonafoux), *Literatura de Bonafoux*, Madrid, Manuel Ginés Hernández, 1887.
- BARREIRO, Javier: «Joaquín Dicenta y sus críticos», en *Cruces de bohemia. Vidal y Planas, Noel, Retana, Gálvez, Dicenta y Barrantes*, Zaragoza, Una Luna Ediciones, 2001, pp. 153-179.
- BARREIRO, Javier & Ada DEL MORAL, «Joaquín Dicenta: justicia, pasión, conflicto y rebeldía», en J. Dicenta, *Obra autobiográfica*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2018 pp. XI-LXII.
- BELLIDO, Pilar, *Literatura e ideología en la prensa socialista (1885-1917)*, Sevilla, Alfar, 1993.
- BONAFoux, Luis, «Spoliarium», en *Casi críticas. Rasguños*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, [1909], pp. 241-245.
- Caballero Audaz, El, «Nuestras visitas. Joaquín Dicenta», *La Esfera*, 4-IV-1914, pp. 24-25.
- CORREA RAMÓN, Amelina, *El Libro Popular*, Madrid, CSIC, 2001.
- Demófilo, «Exposición de Bellas Artes. El spoliarium», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 29-VI-1884, pp. 3-4.
- DICENTA, Joaquín: *Spoliarium. Cuadros sociales*, Madrid, Administración, 1888.
- DICENTA, Joaquín: *Spoliarium. Cuadros sociales*, Madrid, Fernando Fe, 1891.

- DICENTA, Joaquín: *Tinta negra*, Madrid, Fernando Fe, 1892.
- DICENTA, Joaquín: *Crónicas*, Madrid, Fernando Fe-Fortanet, 1898.
- DICENTA, Joaquín: *Encarnación. Novela*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1913a.
- DICENTA, Joaquín: *Idos y muertos* [1909], en *Novelas*, París, Garnier Hermanos, 1913b, pp. 83-162.
- DICENTA, Joaquín: *Mujeres. (Estudios de mujer). Obra póstuma*, Madrid, Viuda de Pueyo, 1917.
- DICENTA, Joaquín: *De la batalla* [1896], Madrid, Mariano Núñez Samper, 1925.
- DICENTA, Joaquín: *Juan José* [1895], ed. J. Mas, Madrid, Cátedra, 1982.
- EQUIS, «Bibliografía», *España y América*, Cádiz, VIII-1913, p. 195.
- EZAMA GIL, Ángeles, *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1992.
- FERNÁNDEZ, Pura, «Nota previa» e «Introducción» a E. López Bago, *La prostituta*, Sevilla, Renacimiento, 2005, pp. 9-108.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Isidoro, «Exposición de Bellas Artes. Artículo II. Spoliarium», *La Ilustración Española y Americana*, 8-VI-1884, pp. 347, 349-351.
- FREIRE LÓPEZ, Ana M^a, «Juan José: del drama de Dicenta a la ópera de Sorozábal», en M. P. Espín Templado, P. de Vega Martínez y M. Lagos Gismero (eds.), *Teatro lírico español. Ópera, drama lírico y zarzuela grande entre 1868 y 1925*, Madrid, UNED, 2017, pp. 245-264.
- FUENTE, Ricardo, *De un periodista*, Madrid, Romero Impr., 1897.
- GARCÍA GALLARÍN, Consuelo, *Léxico del 98*, Madrid, UCM, 1998.
- GUERENA, Jean-Louis, «La prostitución, un tema literario para el naturalismo español», en *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 323-338.
- JARDÓN, Pelayo, «Juan Luna y Novicio. (1857-1899)», *Museo Virtual de Historia de la Masonería*. <https://www2.uned.es/dpto-hdi/museovirtualhistoriamasoneria/16Arte_y_masoneria/lunaynovicio.htm> [Consulta: 14 febrero 2019].
- MAINER, José Carlos, «Joaquín Dicenta (1863-1917)», en *Literatura y pequeña burguesía en España. (Notas 1890-1950)*, Madrid, Edicusa, 1972, pp. 29-57.
- MAS FERRER, J., *Vida, teatro y mito de Joaquín Dicenta*, Alicante, IEA, 1978.
- MAZAS GARCÍA, A. de, «Los rasgos autobiográficos en la obra de Joaquín Dicenta», en Joaquín Dicenta, *Garcés de Marsilla*, Madrid, Emiliano Escolar Ed., 1981, pp. 11-50.
- MESONERO ROMANOS, Francisco, «De mi archivo. D. Ramón de Mesonero Romanos», *La Voz*, 30-IV-1924, p. 4.
- MORBY, Edwin S., «Notes on Dicenta's Material and Methode», *Hispanic Review*, IX, n° 3 (Julio, 1941), pp. 383-393.
- MOYA, Miguel, «El autor del Spoliarium [sobre el cuadro de Juan Luna]», *El Liberal*, 26-VI-1884, p. 3.

- PALACIO, Eduardo de, «Exposición de Bellas Artes. Sala central», *El Imparcial*, 29-V-1884, pp. 1-2.
- PATERNO, Alejandro, «Spoliarium [sobre el cuadro de Juan Luna]», *El Liberal*, 29-V-1884, pp. 2-3.
- PHILLIPS, Allen W., «La narrativa de Joaquín Dicenta (1863-1917)», en *En torno a la bohemia madrileña 1890-1925. Testimonios, personajes y obras*, Madrid, Celeste Ediciones, 1999, pp. 136-158.
- REEVES, Sharon L., «La prostitución en Madrid a finales del siglo XIX en la novela naturalista de Eduardo López Bago», en J. H. y L. T. Valdivieso (eds.), *Madrid en la literatura y las artes*, México, Orbis Press, 2006, pp. 85-94.
- ROBIN, Claire-Nicolle (ed.), *Obras escogidas de Joaquín Dicenta*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2005. [Introducción general]
- RUIZ CONTRERAS, Luis, *Medio siglo de teatro infructuoso*, Madrid-Barcelona-Buenos Aires, CIAP, 1931.
- TRUJILLO, José Ramón: «Retratos de mujer en la obra de Joaquín Dicenta», *Creneida*, 3 (2015), pp. 115-149.
- V., «Libros presentados a esta redacción por autores o editores [sobre *Spoliarium*]», *La Ilustración Española y Americana*, 22-VI-1888, p. 408.
- VICENTI, Alfredo, «Exposición de Bellas Artes», *El Globo*, 24-V; 1 y 3-VI-1884, pp. 1-2; 2-3 y 1.
- ZAVALA, Iris M., «El discurso de la bohemia», en *Alejandro Sawa. Crónicas de la bohemia*, Madrid, Veintisiete Letras, 2008, pp. VII-XLIX.